

EXCURSIONES

APUNTES TOMADOS EN UNA EXCURSIÓN
Á AGUILAR DE CAMPÓO

I

DIFÍCILMENTE podrá hacerse un viaje por España que tenga más recuerdos históricos y artísticos que el que hay que efectuar para ir desde Palencia á la linajuda villa de Aguilar de Campóo; todos los pueblos, caseríos, ermitas y castillos por donde se pasa tienen su historia y tienen sus monumentos; en todos se han verificado sucesos que la historia consigna en sus páginas, y todos conservan y tienen algo de artístico ó arqueológico digno de ser visto y digno de ser estudiado.

Si á esto se agrega el hacer el viaje con personas tan ilustradas y eruditas como mi amigo el Dr. Simón, y tan entusiastas como el no menos amigo mío D. José Sanabria, no dudo que, como á mí, á cualquiera otro le parecerían cortísimas las cuatro horas que se tardan en llegar desde Palencia á la estación de Aguilar.

Imposible es relatar cuanto de notable se encuentra en el camino; y aun cuando se hiciera muy á la ligera siempre resultaría, más que larga, larguísima su narración; porque con sólo decir que se pasa por Monzón, Cabeza de Behetría, y que su castillo, dibujándose en el azul del firmamento, nos recuerda la tragedia de los Velas y la venganza de Doña Sancha, prometida del infortunado conde D. García; que más adelante, en término del mismo pueblo, el tren pasa á dos metros de distancia de donde se encontraron el famoso león de bronce

con inscripciones cúficas y el no menos famoso almirez arábigo, con leyenda alcoránica, que merced á haber caído en manos del señor marqués de Castrofuerte aún se conserva en España; que á Monzón sigue Amusco, cuna solariega de los Manriques, magnates poderosos que gobernaban á Castilla en ausencia de sus Reyes al terminar la décimaquinta centuria y que son tronco de nuestra más rancia aristocracia; que allí también recordábamos aquel « famoso poema escrito sobre láminas de plata », como llamó un conocido crítico á la cruz parroquial que de aquel pueblo figuró en la Exposición histórico-europea; que al llegar á Piña y Tamara con la vista se puede recorrer todo el campo donde en 1037 riñeron mortal batalla el leonés rey D. Bermudo y el primero de los Fernandos de Castilla; que desde la estación de Frómista, antiguamente Santa María de Frumestra, puede verse y admirar la románica construcción de la iglesia de San Martín, que data de mediados del siglo XI, cuyo templo puede considerarse como uno de los más típicos y suntuosos de aquel estilo y época; que á poca distancia del tren se halla Santillana de Campos, de donde se tituló Marqués el famoso político y poeta D. Íñigo López de Mendoza; que se pasa por Osorno y la pintoresca villa de Herrera de Río Pisuerga, llenos ambos pueblos de recuerdos históricos; que más tarde nos encontramos con Alar del Rey, no escaso por cierto de historia antigua y moderna, y que junto á él se halla el Priorato de Mavé, repoblado por Alfonso I el Católico, se comprenderá que no tiene nada de hiperbólico el aserto con que encabezamos estos apuntes.

II

Una vez que hubimos llegado á la estación de Aguilar y bajado del tren, nos colocamos en uno de los coches que hacen el servicio hasta Potes y los baños termales de Larmida; y aun cuando es muy corto el trayecto entre la estación y el pueblo, no obstante, bien merece verse desde el pescante, como yo lo efectué, el plácido paisaje que se desarrolla en todo él.

No fué sólo el gozar de la vista panorámica que presenta el valle de Campóo con sus umbrosas arboledas, ni tampoco el aspirar el fresco ambiente de la mañana: la causa principal que motivó el ir en el pescante fué, más que esto, el ver cuanto antes posible fuera la lápida hebrea que sabíamos tenía la puerta por donde habíamos de entrar en la histórica villa de Aguilar. Y efectivamente, momentos después divisé la tal puerta, llamada de Reinosa, y cuando nos acercamos á ella pude ver perfectamente que sobre la dovela que sirve de clave al arco, débilmente apuntado, estaba empotrada una lápida apaisada, como de un metro de larga y medio de ancha, en la cual se notaban caracteres hebraicos, unos legibles y otros algún tanto mutilados por la acción del tiempo y los elementos; por dicha puerta, que, como toda construcción militar de los siglos XII y XIII, es pesada, pero muy propia y cómoda para su defensa (carece de ornamentación alguna; si se exceptúa dos escudos que campean en la parte superior), pasó nuestro vehículo, y en el trayecto que recorrimos hasta llegar á la posada con ribetes de fonda donde nos hospedamos, pude ver con claridad el aspecto fisionómico que hoy presenta dicha villa, y sin torturar la imaginación leer su grandeza histórica de ayer y su vida mercantil de hoy.

Como el tiempo y el sol nos eran sumamente precisos, y ni un instante de aquél ni un rayo de éste podíamos desperdiciar si habíamos de fotografiar la lápida hebrea, objeto preferente y casi único de nuestra excursión, una vez instalados, enderezamos la marcha hacia la Puerta de Reinosa.

Llegados allí, nuestro compañero de excursión, el hábil é inteligente platero Sr. Sanabria, hace poco un aficionado á la fotografía y hoy ya un maestro consumado en dicho arte, como lo demuestra el artístico álbum fotográfico que de la catedral y de los monumentos de Palencia está terminando, preparó la cámara, y

con sentimiento vió que desde el suelo era imposible obtener resultado alguno; por lo cual, merced á la intervención de nuestro amigo el médico D. Amando Ordóñez, los vecinos de las inmediaciones nos prestaron gustosos escaleras y cordeles, con lo que improvisamos un andamio, al que, construido que fué, subió nuestro amigo, desde donde trató hacer cuanto pudo por lograr sus deseos y los nuestros; pero desconfió siempre del éxito, ya por la escasa luz que había, ya también por la inestabilidad del improvisado andamio, lo que desgraciadamente vimos confirmado cuando á nuestro regreso revelamos la placa.

Como aún teníamos algún tiempo de que disponer hasta la hora de comer, tratamos de emplearle viendo la antigua Colegiata, para lo cual nos fuimos á visitar al párroco de la misma, D. Pedro Alcalde, á quien yo ya conocía y con cuya amistad hacía tiempo me honraba. Como sabía las bellísimas y excepcionales condiciones que adornaban á tan virtuoso é ilustrado sacerdote, no tuve inconveniente en anticipar á mis compañeros lo bien recibidos que de él seríamos, y con satisfacción vi cumplido mi vaticinio, pues su amabilidad y los cariñosos y espontáneos ofrecimientos que nos hizo superaron á cuanto yo había prometido á mis compañeros.

Sin perder más tiempo que el indispensable para cumplir con lo que prescribe toda buena educación, nos encaminamos acompañados de dicho señor hacia la Colegiata, y antes de llegar á ella pudimos ver que nos encontrábamos en una iglesia del primer período del estilo gótico, dado la pureza de sus líneas y lo sobrio de su ornamentación que se apercibía en el exterior, y en el que se veían algunos restos románicos ó bizantinos del mejor gusto y ejecución. Su interior está compuesto de tres naves de iguales dimensiones y altura, divididas por pilares formados de columnas á ellas adosadas, y desde donde arrancan al centro y costados bóvedas poco peraltadas, pero profusamente surcadas de aristas que las dan un aspecto simpático y algún tanto fantástico si al recorrer con la vista las paredes y el suelo nos fijamos en las muchas tumbas y sepulcros que por doquiera se encuentran. Yo me detendría muy gustoso á describir aquellas tumbas más ó menos suntuosas, más ó menos artísticas, y empezando por una del siglo XIII, en la cual se ve una estatua yacente con traje guerrero, y continuando

do con otras de los siglos subsiguientes, en las cuales puede leerse perfectamente la marcha del arte á través de los tiempos, no me detendría sino ante los dos suntuosos enterramientos del siglo XVII que á derecha é izquierda existen en el presbiterio, los cuales me recordaron, por el orden greco-romano á que pertenecen, como por las estatuas orantes que contienen y aun por los materiales en ellos empleados, al existente en la iglesia de San Pablo de esta ciudad, de los marqueses de Pozas, diferenciándose éste de aquéllos únicamente en el color de sus mármoles. Los retablos de todos sus altares están en disconformidad con la rancia prosapia y añejo abolengo de la iglesia, y á excepción de el del altar mayor, que es de estilo plateresco, que si digno de admirarse en sus detalles no lo es en su conjunto, los demás, el que mejor, es de Churriguera.

III

Llegada que fué la tarde, acompañados de D. Pedro Alcalde, del médico Sr. Ordóñez y del farmacéutico Sr. Micieces, marchamos á contemplar las derruidas murallas del castillo, que cual celoso guardián, más que tirano padrastro, se asienta sobre un cerro que por completo domina al pueblo. La ascensión, que sin ser larga no deja de ser penosa por lo pendiente de la subida, se mitigó con la parada que hicimos para ver la iglesia que en la falda de la cuesta existe bajo la advocación de Santa Cecilia; la fecha de su construcción no puede precisarse; mas por su arquitectura puede colegirse que debió llevarse á cabo á últimos del siglo XII ó á principios del siguiente; pertenece al período de transición del bizantino al gótico, y lejos de chocar entre sí estos dos estilos (lo mismo aquí que en otros monumentos que he visto), se armonizan y hermanan tan perfectamente, exhibiendo cada uno por separado sus primores y bellezas, que no parece sino que están juntos para patentizar la eterna ley estética de que toda forma de arte se sobrevive á sí misma y coexiste con la que le sucede. Conserva algunos detalles escultóricos de muy buen gusto y de no escasa ejecución, y alguna pintura antigua pero muy deteriorada.

Desde la iglesia de Santa Cecilia emprendimos de nuevo nuestra interrumpida ascensión al castillo; y tan escabroso es el cerro en que está situado, que más que subir teníamos que

trepar por aquellos escarpados vericuetos; y yo, gracias á mi amigo D. Pedro, que me servía de guía, pude hacer la subida con alguna más comodidad que mis compañeros; pero, sin embargo de esto, cuando la terminé apenas tenía fuerzas para respirar; una vez repuesto de mi pasajero cansancio empecé con mis compañeros á recorrer aquellas ruinas donde inmortalizó su nombre Marcos Fernández, que como alcaide le guardaba por D. Diego López de Haro, hermano de la reina Doña Urraca, viuda de Fernando II, cuando le embistió y sitió el monarca leonés Alfonso IX; resistió durante largo tiempo de una manera heroica y con una tenacidad verdaderamente castellana, no rindiéndose sino cuando tenía perdida las tres cuartas partes de la gente y cuando, sin vituallas, caó él mortalmente herido. El castillo es hoy todo una ruina, y sólo se ven en pie algunos lienzos de muralla medio derruidos y algunos cubos en igual estado; pero ni los unos ni los otros conservan almenas, matacanes ni saeteros; de su barbacana apenas puede uno formarse idea, y lo mismo sucede con los fosos y plaza de armas; si tuvo torre del homenaje, difícil sería indagar dónde estaba emplazada.

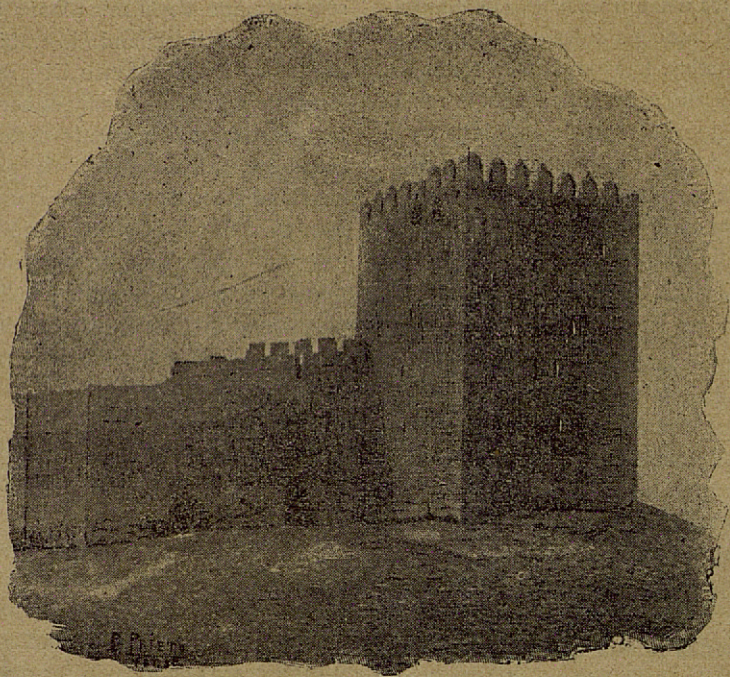
La vista panorámica que desde él se divisa no puede ser más pintoresca y poética; pues sus horizontes, limitados por elevados cerros cubiertos de campos sembrados y los verdosos y gigantescos chopos de las márgenes del Pisuerga, que bajo él corre lamiendo la cerca del pueblo, juntamente con las alegres y risueñas aldeas aposentadas en los repliegues de las vecinas montañas, constituyen un encantador paisaje digno del pincel de un Claudio de Lorena ó de un Salvador Rosa. Con sentimiento nos despedíamos de aquellas históricas ruinas, y cuando saltábamos por sus escombros para bajar al monasterio, el silencio de todos era la más elocuente despedida que podíamos tributarlas.

La bajada del castillo la efectuamos por el lado contrario de nuestra ascensión, y aun cuando menos abrupta, no estaba exenta de peligros si con precipitación la hubiéramos llevado á cabo. Al llegar á la carretera que va desde este pueblo á Cervera de Río Pisuerga, nos encontramos de repente y á muy pocos pasos del monasterio de Santa María la Real, grandioso convento de premostatenses, uno de los primeros de España, tanto por su mérito

artístico como por su historia; cuando nos acercamos á él y vimos aquel espacioso patio cerrado con una grandiosa verja de hierro que enlaza los dos martillos salientes, formando, digámoslo así, el vestibulo de honor de la casa donde moraron los Hijos de San Norberto, nada exagerado nos parecían las ditirámicas descripciones que de él nos habían hecho.

los protestantes Robertson y Prescott, nos le describan como tirano de los pueblos y detentador de sus libertades y franquicias.

En estas digresiones y otras parecidas iba yo ocupado cuando penetré en la claustra vieja del monasterio; y absorto mi espíritu ante aquel grandioso espectáculo arquitectónico, sin darme cuenta de mí mismo dejé vagar mi vista sin

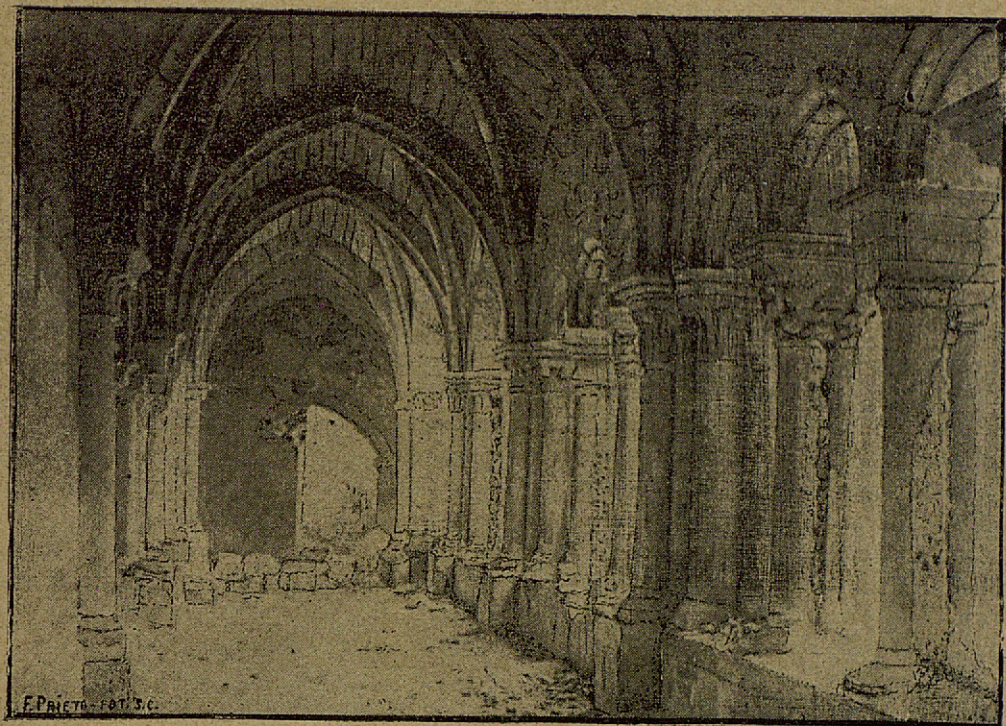


La arquitectura sobria y severa de los Austrias, personificada en el genio de Herrera, edificó aquella parte del edificio, no sé si porque la antigua podía hallarse en ruinas, ó porque la piedad del rey D. Felipe II el Prudente quiso dejar aquí, como en otras muchas partes, memoria de la grandeza de su reinado y del afecto íntimo con que siempre miró á las mansiones de la meditación y del retiro; pues á pesar de tener que batallar con la Europa entera, de escarmentar, venciendo, la audacia y osadía de los sultanes de Constantinopla y de conquistar, evangelizando, las tierras del Nuevo Mundo, aún le quedaron caudales y tiempo; tiempo y caudales con que mostrar á las generaciones siguientes su acendrado catolicismo y su entusiasmo en pro de las artes y la civilización, siquiera haya aún historiadores españoles; vergüenza me da en decirlo! que, haciendo coro á

rumbo ni concierto por entre aquel bosque de columnas, como queriendo descubrir algo que mi alma buscaba en medio de aquellas ruinas; y es que yo no podía darme cuenta de que tantas bellezas artísticas y tantos prodigios de ingenio y saber estuvieran abandonados, en el siglo del vapor y de la electricidad, por móviles mezquinos y bastardos ideales; aquel conjunto misteriosamente armónico, bañado por los rayos del sol al ocultarse, hacía evocar á mi mente algo que jamás yo he sentido y que no sé describir; yo no podía, no, fijar mis ojos en aquellos historiados capiteles, siquiera estuviera en ellos imitada la Naturaleza con rara maestría, ó esculpido en su dura piedra las místicas visiones del evangelista de Patmos; todo pasaba por mí inadvertido, porque algo vago é indefinido fascinaba mis sentidos todos y embargaba mis potencias; y cuando después de estos fuga

ces, pero felices momentos, volvía á la realidad de la vida, los fustes de columnas rotos y esparcidos por el suelo, los arcos apuntalados con maderos sin labrar, los huecos sin puertas ni ventanas y los tejados sin techumbre, me hacían ver el fiel retrato de la moderna civilización y de las impías revoluciones rompiendo el molde donde se vaciaron los hombres y los

ojos y sentía mi alma de cristiano y de español; mas ¡ay! que aún tenía que contemplar el marco de tan triste cuadro cuando pasara por la capilla que sirvió de panteón al monasterio, en donde no se encuentran más que tumbas profanadas, sarcófagos vacíos, inscripciones rotas y restos humanos desparramados por el suelo y confundidos con los despojos de inmundos rep



tiempos que formaron nuestra unidad religiosa, política y nacional, con las que fuimos grandes, temidos y respetados, y llevamos el nombre de nuestra patria por los ámbitos del mundo, como no lo hizo jamás pueblo alguno.

Por dónde salí de la claustra y por dónde entré en la iglesia, yo no lo sé; lo que sí recuerdo es que al encontrarme en aquella grandiosa iglesia desierta de fieles, desmantelada de altares y en cuyas góticas bóvedas ya no resonaban los cánticos divinos, y cuya atmósfera, en vez de estar impregnada del aromático incienso, lo está de fétidas emanaciones, producto de la humedad y de la descomposición de los seres inmundos que allí se albergan, el rubor enrojeció mis mejillas, y ansioso buscaba el sitio por donde huir de campo de tanta desolación artística y de tanta profanación religiosa como allí veían mis

tiles, acaso éstos no tan miserables y despreciables como los factores de tanto salvajismo. No pude más; recogí mi espíritu en conformidad al sitio en que me encontraba, y me despedí de él con luto en el corazón y ¡por qué no decirlo! con casi lágrimas en los ojos.

IV

Á pocos metros de distancia del monasterio, pues sólo le separa la carretera, se halla el sepulcro que, según tradición, guardó los restos de Bernardo el Carpio y su alférez Fernando Gallo.

Nada más en conformidad con el legendario héroe de los romances y libros de andante caballería que la gruta que le sirvió de tumba; lo agreste del terreno en el exterior y lo abrupto de la Peña del interior, parecen revelar la bra-

vura y fiereza con que luchó contra Carlomagno y Alfonso II el Casto; y hasta la obscuridad que allí reina parece estar en armonía con la que reina en la Historia sobre la realidad ó ficción de sus *fañas* y de su persona. Yo no miraba en aquel modesto y tosco sarcófago si el Albandense y Sebastián el Tudense, historiadores del siglo X, no le mencionan en sus escritos; si el monje de Silos, que escribió á principios del XII, guarda igual silencio; si el arzobispo D. Rodrigo en sus *Cronicas* del siglo XIII, aunque le menciona, pone en duda su existencia, y si la *Crónica general* cita *cantares de gesta* y relaciones de juglares como únicas autoridades para probar su presencia real en la famosa rota de Roncesvalles; ni me llamaba la atención que los restos de la inscripción que aún se conserva estén escritos en letra gótica monacal de últimos del siglo XV, ni tampoco que la Historia consigne que el emperador Carlos V de Alemania, primero de España, á su paso por Aguilar quisiera contemplar sus restos, como lo efectuó; yo en aquel sitio y en aquellos momentos, olvidándome gustoso de toda regla de crítica histórica, daba pábulo á mis sentimientos de español y de amigo de las tradiciones históricas; y ya fuera el tal Bernardo el Carpio personaje real é histórico, ya creación de la musa popular y caballeresca, allí no veía yo más que la representación de la poesía épica que los pueblos todos han consagrado á sus ideales, y ante cuyos altares yo siempre me prosternaré, porque prefiero más equivocarme históricamente que hacer coro á los detractores extranjeros de nuestra historia patria, que ayer nos negaron la existencia de este héroe, hoy nos niegan la del Cid Campeador, y quizá mañana quieran negarnos la de los vencedores de San Quintín, Otumba y Lepanto.

Terminaré estos apuntes consignando que la arquitectura civil de Aguilar está representada por los palacios de los Manriques (que hoy sirve de casa Ayuntamiento), de los marqueses de Aguilar y Fuente Pelayo, todos ellos con bien poquísimo carácter artístico. Más nos llamó la atención los grifos ó gárgolas de una casa que representaban los pecados capitales, cuya ejecución, más que libre, podíamos llamarla pornográfica.

ECEQUIEL RODRÍGUEZ CALVO.

PALENCIA 20 de Septiembre de 1893.

EXCURSIÓN Á LAS RUINAS DE SEGÓBRIGA

COMO á dos leguas de Uclés, y muy próximo á la carretera de Valencia, encuéntrase el cerro famoso conocido con el nombre de Cabeza del Griego, que ha dado lugar á sinnúmero de discusiones y trabajos para determinar cuál fuera la población que un día alzara orgullosa sus edificios y murallas sobre el terreno que hoy, completamente desierto, solamente lo cubren piedras, cenizas y algún que otro resto de la pasada grandeza.

No cumple á mi propósito determinar su correspondencia geográfica, cosa, por otra parte, hoy casi resuelta¹, sino únicamente reseñar la excursión hecha á dicho sitio, aprovechando la circunstancia de encontrarnos en Uclés nuestro consocio el laureado artista Sr. Garnelo, el correspondiente de la Real Academia de la Historia y delegado de la Sociedad, Sr. García Soria, y el que esto escribe.

Próximamente la una sería de una tarde del mes de Septiembre cuando emprendimos nuestra excursión, que bien pudiéramos llamar histórica-retrospectiva; pues dejando á Uclés con su castillo y monasterio, que hacen recordar el gran período de la Reconquista, corríamos en busca de *Segóbriga* y sus monumentos, restos del poderío romano. Poco antes de llegar á la carretera tropiézase el excursionista con los restos de la vía romana que, partiendo de Cabeza del Griego (*Segóbriga*), se dirige en línea recta al poniente de Uclés; siguiendo después por Huelves, como lo demuestra el miliario hallado en dicho sitio², hasta *Contrebia*.

Adelántase poco más de medio kilómetro, y comienzan á observarse cimientos y restos de construcción que en otro tiempo hubieron de formar parte de las *villas* ó casas de campo de los magnates segobrigenses; empieza aquí el excursionista, según sus aficiones y los vuelos de su imaginación, á forjar en la mente, ora las escenas alegres que en aquellas mansiones tendrían lugar, ora las correrías que el intrépido Viriato hubo de hacer por aquellos campos, ora, en fin, la huida de los visigodos y el paso triunfante de la morisma³. Con es-

¹ *Boletín de la Real Academia de la Historia*, tomo XXI, página 138. — *Antigüedades romanas*, P. Fidel Fita.

² *Boletín de la Real Academia de la Historia*, tomo XXI, página 248.

³ Según las apariencias y juzgando por los restos hallados, los visigodos, al aproximarse los moros, se retiraron á

tas y otras ilusiones que no llegaron á tomar mucho incremento, pues las rápidas sacudidas que sufríamos nos hacían recordar harto á menudo que marchábamos por un mal camino manchego, llegamos al pie del cerro, por una de cuyas rapidísimas vertientes corre el río Giguella, haciendo girar con sus aguas las dos piedras del molino llamado de Solacabeza.

Visitamos primeramente las ruinas del Circo: gran parte de la gradería está aún sin descubrir, pero se ve algo de ella, así como también algunas cárceles, habiéndose encontrado junto al muro exterior que circunda el edificio restos de pinturas murales, mosaicos, etc., que formarían parte de alguna construcción aneja al Circo. En este sitio, al hacer las excavaciones, costeadas por el súbdito inglés Mr. R. L. Thomson, se halló una moneda visigoda de oro, pequeño módulo, acuñada en tiempo de Recaredo I, en cuyo anverso se ve un busto de muy mal arte y la leyenda RECCAREDVSVS REX, y en el reverso busto semejante y la leyenda TOLETO PIVS.

Como unos cincuenta metros á la izquierda, y continuando la ascensión, visitamos un Columbario compuesto primeramente de una sala rectangular de 10,30 por 5,50 metros, destinada sin duda á la exhumación de los cadáveres y primeras ceremonias religiosas; su piso es de mosaico formado con pequeños ladrillitos romboidales; muy próximo á la piedra que debió ser el altar sacrificatorio existe una inscripción mosaico de pequeñas piedras blancas sobre fondo rojo, que dice: [B]esso [Abi]lo[um] Belcile[sis][a]rtifex a fundame[ntis] ¹. Un poco á la izquierda hallóse la pila destinada á mantener el fuego sagrado. Una puerta que hay á la izquierda da acceso á una rotonda ó cámara circular, con piso mosaico igual á las demás, y que sin duda era especie de antesala para las cámaras destinadas á contener las urnas cinerarias. El primero de estos departamentos tiene dieciséis nichos ú hornacinas que contenían cenizas, urnas cinerarias, ungüentarios, monedas, adornos, lucernas, mascarillas de barro, etc., etc.: están formados por piedras sin labrar revestidas de argamasa; el piso, ahondado en la roca, lo cubre un mosaico

semejante al de las cámaras anteriores, viéndose alrededor una especie de escalón ó meseta tallada en la roca. Dan entrada á esta sala tres puertas iguales de 80 centímetros de anchura por dos metros de altura, terminadas en arco de medio punto; fueron halladas tapiadas con piedra y argamasa, pero notándose indicios de haber tenido puertas en otra época. Una de las puertas comunica con la sala circular, dando paso las otras dos: una á otro departamento semejante, pero con menor número de nichos, y la otra á un pasillo ó galería que por medio de una escalera de piedra debió comunicar con las habitaciones superiores.

En todos estos sitios hallóse, al hacer las excavaciones, multitud de restos funerarios, tales como ungüentarios, trozos de lucernas, una urna cineraria (olla), una especie de *amphora*, dos piecitos de bronce (exvotos), dos fragmentos de *arulas* con inscripción, varias caras de barro, que sin duda fueron parte ornamental de las sepulturas, monedas de Augusto y Tiberio, estilos, adornos de cabeza, un ungüentario de bronce y muchos colmillos de jabalí y astas de gamo, los cuales, unido con algunas inscripciones encontradas, indican indudablemente el culto que á Diana rendían los habitantes de la ciudad. Entre el detritus ó escombros procedente del hundimiento del piso superior se han encontrado losetas de jaspes, trozos de cornisa, dos manos de mármol blanco perfectamente modeladas y una diadema de bronce dorado, indicando todo la importancia del edificio cuyas ruinas visitamos.

Continuando nuestra marcha ascendente viendo restos de muros, aljibes y otras construcciones, llegamos á la parte más alta del cerro, y contemplamos las ruinas de la que un día formara la *Acrópolis* y hoy es montón informe de grandes piedras, trozos de cornisa, fustes estriados, capiteles, etc., etc., que aún demuestran la riqueza artística y material de su construcción.

Las monedas que al hacer las excavaciones encontraron en este lugar son también de Augusto y Tiberio, pero todas tienen la palabra *Sego-briga* en dos líneas circundadas por una corona de encina. Uno de los capiteles de mármol encontrados en este sitio ofrece la particularidad de que, siendo visigodo, tiene grande analogía con algunos capiteles árabes, lo cual parece indicar que éstos tomaron de los visigodos una de las variantes de sus capiteles.

las montañas, quemando y destruyendo todo lo que con ellos no pudieron transportar. Así se explica el inmenso montón de cenizas que cubre la arena del circo.

¹ Boletín de la Real Academia de la Historia, tomo XXI, página 230.

Hubiéramos visitado con gusto el *sacellum* ó templo dedicado á Diana que, tallado en la roca, hay en el sitio llamado los Almudejos, así como también los restos de la basílica visigoda, donde fueron hallados los sepulcros de los obispos Sefronio y Nigrino; pero la hora algo avanzada de la tarde nos hizo pensar en el regreso, que inmediatamente emprendimos, lamentando el descuido y abandono en que yacen estas ruinas, pues los que pasan al molino, los pastores y gente del campo, con su espíritu destructor, no dejan piedra en su sitio ni mosaico completo, siendo ya de lamentar la pérdida de gran parte de la inscripción mosaico antes citada.

Con estas y otras pláticas más ó menos agradables entretuvimos el camino, llegando felizmente al anochecer á dar vista á la torre del histórico monasterio de Santiago, quedando aplazada para la ocasión más propicia otra excursión á la gruta de Segóbriga, cuyo importantísimo estudio está llevando á cabo el docto jesuíta P. Eduardo Capelle.

PELAYO QUINTERO.

SECCIÓN DE BELLAS ARTES

PINTURA DEL SITIO DE RODAS

ENTRE los objetos que más llamaron la atención de los concurrentes á la Exposición histórico-europea de Madrid, se citaba la pintura en tabla que reproduciremos otro día, obra del siglo XV, presentada por el señor barón de Chandon de Briailles, de Epernay (Francia), y colocada en la sala IV con el núm. 30.

Una inscripción latina puesta en la parte inferior de la misma tabla (que es de sentir no se haya copiado) explica representar la pintura el sitio de Rodas por los turcos el año 1480. Acaso la haría ejecutar por memoria alguno de los comendadores ó caballeros que defendieron la plaza.

Sábase, en efecto, que Mahomet II, nombrado *el Conquistador*, después que se apoderó de Constantinopla y fijó su capital en la que había sido hasta entonces corte de los emperadores de Oriente, prosiguiendo su carrera victorio-

sa por Grecia, Tracia, Macedonia, Servia, Valaquia y Moldavia, quiso subyugar el Mediterráneo apoderándose de las islas, y con poderosa armada fué el año 1480 sobre la de Rodas, baluarte de la cristiandad mantenido por los caballeros de San Juan de Jerusalén.

Desembarcado el ejército, Mahomet, inventor de los pedreros¹, asedió la ciudad batiéndola por tierra con mucha artillería, mientras por mar la bloqueaba su flota, cerrando todo camino al socorro exterior que con ahinco pedían los sitiados á los príncipes cristianos.

No se hicieron sordos al llamamiento los reyes de España; si no recordaran que poco antes había sido Maestre y Gran Prior de la Orden de San Juan Fr. Gonzalo de Quiroga; si no tuvieran presente que muchos caballeros castellanos y aragoneses militaban en la Isla, todavía el peligro que amagaba en Europa les instara á concurrir con sus fuerzas á oponerse al enemigo común. Mientras organizaban el socorro despacharon por delante dos naos bien provistas de vitualla y principalmente de pólvora, de que los hospitalarios estaban escasos.

Llegadas á vista de la Isla, determináronse los capitanes á forzar el bloqueo pasando entre los 160 bajeles turcos que lo mantenían. Una de ellas consiguió desde luego entrar en el puerto, aunque desarbolada del palo mayor por los cañones turcos; la otra fué atacada por 32 galeras, de las que se defendió gallardamente, maltratándolas, y también logró entrar en la dársena el día siguiente². El cronista de los Reyes Católicos cuenta el episodio en esta forma:

«La cibdad estuvo en punto de se perder por los grandes combates que continuamente por tierra e por mar los turcos le daban, e por la mengua grande que padecian los cristianos por falta de mantenimientos e de pólvora para la defensa de la cibdad. E como quier que las naos que habían venido a la socorrer estaban cerca, pero ninguno osaba entrar en el puerto por el miedo de la grande flota que los turcos tenían en guarda. E los cristianos estaban en turbación, porque de la una parte veían el perdimiento de la cibdad si no la socorrian, e de la otra conocían su perdicion si se aventuraban a la socorrer.

¹ D. Vicente de los Rios, *Discurso sobre los inventores de artillería*.

² D. Antonio Enríquez, *Glorias marítimas de España*.



Fototipia de Hauser y Menet. Madrid.

SITIO DE RODAS POR LOS TURCOS

(TABLA DEL SIGLO XVI.)

» Estando en la pena de este pensamiento, un comendador de la nacion inglesa, que habia venido con una nao, dijo a algunos de los capitanes de las otras naos que no sabia él que aprovechaba el trabajo y el gasto fecho en la venida fasta aquel lugar si se volviesen sin conseguir algun fruto de su venida. E diciendole estas palabras, e disponiéndose al peligro, mandó poner todas las velas á la nao, e peleando, e sufriendo muchos tiros de pólvora que le tiraban los de la flota de los turcos, entró por fuerza de armas en el puerto, e basteció la cibdad de las cosas necesarias, en especial de pólvora, con que se pudo defender. E con esta fazaña grande la cibdad de Rodas fué socorrida e los turcos no ovieron lugar de la tomar. »

No estaría de más que los cronistas hubieran apuntado los nombres del comendador y de los capitanes de las naos españolas para que los reverenciáramos; mas de todos modos, lo escrito basta para que la pintura nos interese como recuerdo de la fazaña.

El artista encerró en el cuadro toda la Isla, á vista de pájaro: en primer término situó el puerto, cuya boca defienden dos torres, tendida entre ambas una gruesa cadena que lo cierra. En la mar bloquean y combaten las naves y galeras turcas, á la vela ó fondeadas; en tierra asaltan los guerreros por varios lados, haciendo los defensores gran matanza y abatiendo la soberbia de Mahomet. Hay en la tabla mil detalles pintados con ingenuidad y desproporción propias de la época, pero de grandísimo interés para la indumentaria y la panoplia. En los navíos banderas, paveses, escudos, anclas, gavias; hasta los herrajes del timón se aprecian. En el campo tiendas, lombardas, pedreros, escalas, armas de toda especie. En la parte superior puso el pintor la imagen de la Virgen María coronada por dos ángeles, á la que los caballeros de Rodas invocarian ciertamente como *Auxilium Christianorum*.

CESÁREO FERNÁNDEZ DURO.



JERÓNIMO BOSCH

ESTUDIADO EN SUS CUADROS DEL MUSEO DEL PRADO
Y DE LA EXPOSICIÓN HISTÓRICO-EUROPEA DE
MADRID.

I



UNQUE las colecciones públicas y las Exposiciones retrospectivas no produjeran otro fruto que el de aquilatar obras y nombres y rectificar el criterio de los que en mayor ó menor grado se dedican á estudios artísticos; aunque no influyeran, como de hecho influyen, en la cultura de la masa general de los ciudadanos, siempre serían cosa laudable y excelente. ¿Cuántas noticias no se han adquirido con el estudio comparativo de los cuadros y objetos arqueológicos? ¿Cuántas falsedades no se han destruído? ¿Cuántas dudas no se han aclarado, hipótesis depurado y juicios de todo género, en suma, formulado y emitido? Con el examen simultáneo de análogas obras de arte, con el conocimiento que éstas nos proporcionan de sus autores, cada una ocupa su puesto apropiado en nuestra mente, consolidanse ó destrúyense reputaciones ante nuestra conciencia, y la crítica, la verdadera crítica, exenta de prejuicios y apasionamientos, halla vasto campo para el ejercicio de sus funciones.

Sugiérenme estas consideraciones las obras de un genial artista holandés, que con estar mejor representado en nuestra patria que en las demás regiones europeas, sin excluir la suya propia, nunca fué estudiado entre nosotros, habiéndolo sido en el Extranjero de un modo insuficiente y no proporcionado á sus méritos. Refiérome á Jerónimo Van Aken, más conocido con el seudónimo de Bosch (*Bosco* entre los españoles), con que solía firmar sus cuadros.

¿Quién era el Bosco? ¿Cuál es su importancia dentro de la pintura flamenca? ¿Cuáles y hasta qué punto valiosas sus producciones existentes en las dos pinacotecas madrileñas, la permanente y la transitoria? A estas preguntas procuraré dar respuesta tan breve como consienta el interés no escaso que el asunto en sí encierra.

Entre los años de 1450 y 1460 veía la pri-

↑ Escribióse este trabajo estando aún abierta la Exposición histórico-europea, circunstancia que deberán tener en cuenta los lectores. — (N. de la R.)

mera luz nuestro artista en la ciudad brabanzona de Bois-le-Duc, dicha en flamenco *Hertogen-Bosch*, de donde provino su futuro nombre de guerra. Su nacimiento, su juventud y aun su vida entera hállanse rodeados de nieblas; dijérase que los enigmas y misterios de que sus cuadros están cuajados habían transcendido á su propia existencia. Por un documento auténtico sábese que en 1488 ya pintaba y que era miembro de la *Illustre Lieve-Vrouwe broederschap* (Ilustre Cofradía de Nuestra Señora), Sociedad en que aparece figurando, según se desprende de sus libros, por los años 1494, 1499, 1504, 1509 y 1512. En su ciudad natal se educó, y en ella debió de permanecer gran parte de su vida; pero es más que probable que en el transcurso de ésta completase su educación artística y extendiera sus conocimientos visitando Francia, Italia y España. Que estuvo en España, parece demostrarlo el número relativamente considerable y la calidad de sus cuadros existentes en la Península, si bien esta razón no baste á convencer en absoluto. Felipe el Hermoso le empleó alguna vez, y no juzgo aventurado que le trajera á España entre la multitud de sus servidores; pero si á nuestra tierra vino, su permanencia en ella no debió ser muy duradera.

De lo que no cabe duda es de que las obras de Van Aken, conocidas muy luego en España, eran acogidas aquí con gran aprecio hasta por el mismo Felipe II; y esto no porque «ellas convenían á la lúgubre piedad de aquella nación feroz», como neciamente y sin pruebas afirma Michiels¹, sino sencillamente porque los cuadros de Bosch, como los de otros grandes pintores contemporáneos suyos, aún no contagiados de *romanismo*, adaptábanse mucho al gusto de los españoles, y principalmente al de los castellanos, merced á su justo realismo, á su carácter individualista y á la belleza de su colorido: condiciones que con otras varias, emanadas de la antigua escuela de Brujas y sus sucesoras, lucen con brillo excelso en las escuelas españolas de los siglos XVI y XVII. La fascinación producida á nuestros compatriotas, medio siglo antes, por Van Eyck y Van der Weyden, cuyos cuadros no eran feroces ni horripilantes, sino todo lo contrario, corrobora tanto nuestra opinión como contradice la gratuita de Michiels.

Resulta averiguado por los papeles de la Cofradía de Nuestra Señora antes citada que Bosch murió en 1516, cuando estaba probablemente en el apogeo de su originalidad y geniales facultades. Sus producciones fueron muy numerosas, y su actividad debió ser infatigable; hay que advertir, empero, que el nombre de Bosch (y esto ya lo observó Michiels) ha realzado hasta nuestros días buen número de obras mediocres existentes en Francia, en el Museo de Berlín, en el de Amberes y en otros sitios, y que quizá son sólo copias ó imitaciones hechas por los numerosos adeptos que tuvo el pintor de Bois-le-Duc.

Bosch es el verdadero creador y más genuino representante del género fantástico en pintura, y en este concepto estriba, á la verdad, su principal mérito. Pero no se crea que despreció los demás géneros. Los títulos de sus obras desaparecidas, así en España como en el Extranjero, y las que entre nosotros se conservan, acredítanle como hombre aficionado á cultivar los más opuestos asuntos. El Antiguo Testamento le suministró escenas en que poder evidenciar sus dotes de pintor histórico-religioso. La vida y Pasión de Jesucristo inspiróle bellísimas creaciones en que supo emular el sentimiento de Van der Weyden y la delicadeza de Memling. La musa filosófica y moral sugirióle composiciones inspiradas, ora en lo misterioso, ora en lo terrible, ora en lo cómico, tales como sus fantasías sobre la vanidad del mundo, los suplicios del infierno, el juicio final ó las tentaciones de San Antonio. La musa retzona y satírica dictó á su pincel escenas tan ridículas por su fondo como los banquetes y conciertos grotescos: episodios propios de la baja vida flamenca, verdaderos sainetes pictóricos, que hacen de Bosch el predecesor de los Teniers y Van Ostade, y aun, hasta cierto punto, de nuestro genial Goya.

No es mi propósito juzgar á Van Aken desde todos estos puntos de vista, ni hacer un acabado estudio de todas sus obras auténticas. Ceñirme he á las que avaloran nuestro rico Museo Nacional y la no menos rica Exposición histórico-europea, de cuya vista en muchas ocasiones he gozado y á las que he demandado la significación artística de su autor originalísimo. Por eso á las premisas de la descripción detallada haré seguir las consecuencias de la observación crítica; sobre la base descriptiva de las producciones de Bosch en am-

¹ *Histoire de la peinture flamande depuis ses débuts jusqu'en 1864*, par Alfred Michiels, tomo IV, cap. XXX, pág. 213.

bas colecciones públicas de Madrid, procuraré levantar y hacer patente el concepto que me merece el artista entre los flamencos sus contemporáneos.

II

La afición que mostraron los españoles en los siglos XV y XVI á la manera flamenca en pintura (como lo demuestran nuestras numerosas tablas anónimas de escuela castellana y aun las de Gallegos y Pedro Berruguete), era excelente vehículo para transportar á nuestro suelo las obras del Bosco; agréguese á esto el matrimonio de la princesa Doña Juana de Castilla con Felipe el Hermoso, la venida de los flamencos á nuestra patria, las extensas relaciones comerciales entre ambos pueblos, la exaltación al solio español del gran gantés Carlos V, y la afición que éste y su inmediato sucesor conservaron á aquella hermosa región entonces española y á sus artistas más distinguidos. Que Felipe II apreciaba en mucho la firma de Van Aken, pruébalo la circunstancia de que logró reunir en su palacio de El Pardo hasta dieciséis cuadros de aquél, ocho de los cuales perecieron en el incendio ocurrido allí en 1608. Siete de los que se salvaron forman hoy en la nacional colección del Prado; cinco obras más hay en la Exposición histórica, y de todas doce ensayaré una descripción, tarea nada fácil por cierto dado lo complejo de los argumentos, lo numeroso y heterogéneo de personajes y accesorios. Parodiando una frase de la Sagrada Escritura, podría afirmarse que es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja, que la descripción de un cuadro de Bosch sea completa y ajustada á la verdad.

De los cuadros que hay en la Exposición, uno es religioso, dos fantástico-morales y dos jocosos ó burlescos. Los tres primeros son de la Casa Real; los dos últimos propiedad de D. Pedro Bosch, y todos, en mayor ó menor grado, tienen importancia. Empiezo por aquéllos.

Jesús atado y coronado de espinas, entre sayones, ó bien Ecce Homo. — Tabla procedente del real monasterio de El Escorial. — Sala XV, número 18.

Aparece el Salvador formando el centro de la composición y representado con un tipo muy realista que se aparta bastante del acogido por los artistas flamencos é italianos. Su cara es enjuta, sus pómulos salientes, poblados su bi-

gote y barba, luenga la cabellera, que cae hasta los hombros; en la triste mirada de sus ojos y en la expresión general de su fisonomía hay algo de misterioso que causa cierto invencible pavor. Muestra al descubierto el cuello, parte del pecho y el hombro y algo del brazo derecho; el resto del cuerpo cubre túnica de azul claro con un broche en la parte superior. Las amarradas manos, en fin, sustentan una delgada varilla, á guisa de irrisorio cetro.

Cinco sayones de extraña catadura rodean á nuestro Señor, prestando con sus diversos tipos y distintas actitudes animación y variedad al cuadro. El situado á la izquierda, más que sayón, parece en realidad magistrado ó sacerdote judío, pues sustenta rojo manto con cuello de terciopelo verde, y en la diestra un cetro rematado en esfera, en que se ve representado á Moisés con las tablas de la ley. El tal personaje, de seco é imberbe rostro y aguda nariz, lleva un raro gorro redondo, de cuya parte posterior penden dos borlillas, rematado superiormente por una abertura que deja al descubierto un largo mechón de pelo.

Sigue al anterior otro individuo afeitado, de pelo rizado y corto, boca comprimida y desnuda cabeza. Mira fijamente al Salvador, y viste ropa verde con bordados amarillos, bajo la cual asoma hacia el cuello la camisa blanca. Este es el tipo menos innoble de los cinco. El tercero es notable por sus atributos, y más aún por la expresión de mofa y burla de su redonda é imberbe cara, surcada por dos ojillos pequeños y malignos. Lleva un capote color marrón; en la cabeza sombrero de anchas alas, en que aparece clavada una flecha; ase con ambas manos un grueso y largo palo con que se dispone á atormentar al Señor, y sujeto al cuello por cordón ó cinta negra pende un medallón redondo y dorado en que se ostenta, á manera de blasón, el águila negra de dos cabezas.

Del sayón cuarto sólo se ve el busto, junto al anterior. Contrae sus facciones una mueca; lleva vestido rojo, y en la cabeza una especie de boina del mismo color, y tiene un cuerno de caza. Más importante en el cuadro es el quinto, que aparece en el extremo derecho de la composición. Feo visaje que descompone su rostro, boca abierta, bigotes escasos, erizados y felinos, tela verde rodeando su cabeza, pecho y hombros, manga color rosa que ciñe su brazo izquierdo y férreo guantelete en la mano, con que parece querer sujetar la túnica del Salva-

dor; son las notas características de este extraño sujeto, que marca singular contraste con el porte manso y resignado de la figura del Redentor.

Los personajes del cuadro son, por punto general, de medio cuerpo y tamaño natural. Como último detalle ultrarrealista de la obra, debe señalarse una pierna de aspecto repugnante que aparece á la derecha de Jesús, vistiendo calza ó calzón desceñido, aunque descubierta hacia la rodilla, y el pie cúbrese con borcegui ó zapato verde de rara forma. Esta pierna, forzada en la posición que ocupa, pertenece de hecho al tercer sayón de los descritos.

La composición toda enciérrese dentro de un círculo con fondo de oro. Pero siguiendo el autor la práctica, muy frecuente entre los pintores flamencos, de acompañar los ángulos de sus cuadros con escenas pintadas al claroscuro, representó en los de éste, á derecha é izquierda, la caída de los ángeles rebeldes y su lucha con los fieles: asunto más de una vez tratado con éxito por Van Aken y en consonancia con sus aficiones.

Este cuadro es realista por la escena en él manifiesta y por la ejecución de los personajes que la componen. La disposición es razonada al par que nueva y original; el dibujo, si no raya en la perfección, aventaja al de muchas obras contemporáneas de igual escuela; el colorido es de buena casta, aunque abundan demasiado bruscos contrastes; la factura, fina y esmerada.

En cuanto á la tradición, de que se hace eco el *Catálogo de la Exposición*¹, según la cual el artista, deseoso de vengarse de sus acreedores, se retrató á sí propio en la figura del Salvador, y á aquéllos en las de sus crueles verdugos, antójasele conseja destituida de todo fundamento.

En la Sala XV bis de la Exposición, marcado con el núm. 75, hay un lienzo procedente de Segovia, considerado como original de nuestro autor, y el cual no es en realidad sino una copia servil, diestramente hecha, de la tabla antes descrita. Los personajes, sus actitudes y atributos, la escena, en suma, es la misma; pero hay más dureza en los contornos, colorido más apagado y menor finura en la ejecución. La túnica del Salvador y la manga del sayón de

la derecha, azul claro y rosa; respectivamente, en la tabla de El Escorial, son aquí tan pálidas que degeneran en blancas. El tamaño del lienzo es igual al de su modelo.

Concupiscencias y vicios humanos. — Escenas de la creación del mundo. — Suplicios infernales. — Tríptico en tabla, procedente del monasterio de El Escorial. — Sala XVI, núm. 33.

Este tríptico es quizá la obra más genial y característica de Bosch entre cuantas existen en Madrid; en ella se hallan más patentes que en otra alguna las buenas condiciones de su ingenio y de su paleta, al par que las exageraciones en que incurrió su imaginación desbordada. Aunque participa, por los asuntos que en sus tres tablas se ven, del carácter histórico-sagrado y del moral, puede concebirse como gran composición simbólica, una en su concepción, múltiple en su desarrollo, que pretende explicar ante el espectador el gran drama de la existencia, sus causas y resultados, visto todo ello bajo un prisma nebuloso y pesimista. A la izquierda, el origen del mundo, del hombre y de la mujer, creados por el Supremo Hacedor; en el centro, las luchas, las pasiones y los vicios del género humano, el delirio de la vida; á la derecha, los efectos de este mismo delirio, del olvido en que incurre el mortal del fin último para que fué criado: el infierno, en suma, con todos sus horrores. He ahí el poema que en mi concepto se propuso desarrollar el artista, inspirado seguramente por su fe y por el deseo de moralizar y de mover el ánimo del que contempla su obra. Obra homérica, inmensa, colosal, que por la multitud de sus personajes, lo raro de los atributos, lo obscuro de los enigmas, emblemas y caprichos que encierra, causa vértigo y empacho. Con su descripción detallada llenaríase un largo capítulo: intentemos una descripción somera para inteligencia de los que no sepán lo que es una obra del Bosco.

La tabla izquierda del tríptico puede dividirse en dos partes, representándose en la superior los animales que poblarían el mundo al ser creados por Dios. Ocupan lo más alto de la tabla muchas aves volando, otras en gran número que salen de una caverna, y otras más, blancas, negras y rojas, posadas en tierra, á lo cual sirven de fondo azuladas montañas de caprichosas formas y variada vegetación. Por una amena pradera discurren aves y mamíferos, tales como cigüeñas, unicornios, jabalíes,

¹ *Exposición histórico-europea, 1892 á 1893. — Catálogo general, Sala XV, la Real Casa.*

un elefante blanco, un puercoespín, una gírafa y un lobo que sube á un árbol. Más abajo hay un lago en cuya parte céntrica destácase una extraña fuente monumental formada por mariscos rosáceos, en que también se ven aves. Cuatro surtidores manan de la fuente; en su parte céntrica, un buho aparece metido en un agujero; patos, ranas, un cisne y raros animales pululan por la laguna, junto á la cual, ya en tierra, vense más ejemplares zoológicos, entre los que figura una serpiente encaramándose á una palmera.

La parte ó sección inferior de esta tabla representa la creación de la mujer en el paraíso terrenal, representado en un espeso bosque y verde pradera. El Padre Eterno, colocado en primer término, no se distingue por atributo alguno convencional; es un hombre joven que aparece de pie, viste túnica rosa cerrada con broche, y alza su diestra en actitud benedicta. Con la mano izquierda ase la muñeca de Eva, — tipo rubio, de larga cabellera, — arrodillada en humilde actitud á su lado. Adán, sentado en tierra y apoyado sobre una mano, contempla estupefacto á su flamante compañera. Más cerca aún del espectador según las leyes de la perspectiva, aparecen bastantes bichos más ó menos reales, diseminados por la pradera ó nadando en un charco ó pequeña laguna poblada de peces.

La tabla central y principal en que se simbolizan, según yo entiendo, las *concupiscencias y vicios humanos y las quimeras tras que corren los mortales*, es un conjunto caótico, un gigantesco dédalo, más propio para visto que para descrito. Abarca toda la tabla un paisaje inmenso, gran pradera con árboles y tres lagos, al más superior de los cuales concurren cuatro arroyos: escenario todo él materialmente repleto de figuras humanas y de animales. Aquí también, para mayor orden, marcaré una distinción entre lo superior y lo inferior del cuadro, fantástico en alto grado uno y otro, aunque más, si cabe, lo primero que lo segundo.

En la sección ó parte alta, cuatro como castillos ó construcciones escarpadas, azules y rojas, hechas de rocas y mariscos, sirven de albergue á pájaros, de prisión á varios hombres y de incentivo á otros que pretenden asaltarlas.

En el centro del lago superior vese un globo terráqueo, azul y hueco, terminado en caprichoso remate; dentro y fuera del globo, hombres

y mujeres agítanse en extrañas y ridículas actitudes. Numerosos seres humanos y otros quiméricos (sirenas), surcan, nadando, las aguas, en que descubren peces; un barquichuelo conduce á un individuo negro y á una blanca. Las orillas del lago púebanse de gentes y de irracionales. En el lago central, que es de forma circular, grupos de mujeres, puestas en pie, sustentan en sus rubias y sueltas cabelleras aves blancas y negras. En torno del lago organizase singular cabalgata de hombres, montados en corceles, ciervos, asnos, leones, tigres, grifos y otros animales reales y fantásticos; los jinetes llevan en sus manos ó sobre sus cabezas extraños atributos, tales como grandes peces, huevos, marroños y pájaros variados, y en los semblantes y actitudes de muchos de aquéllos se pintan la sorpresa, el desaliento ó el dolor. Formando grupos distintos é independientes de la cabalgata, otros individuos dedícanse á transportar pesadas cargas y á hacer ejercicios acrobáticos y de equilibrio.

Mas humano y transparente es el contenido de la parte inferior de la tabla, donde la personificación y alegoría de los vicios, y particularmente de la lujuria y de la gula, saltan bien pronto á la vista. Vese aquí personas de ambos sexos que se abrazan (alguna que otra perteneciente á la raza negra); gentes comiendo diversos manjares, y otras que cogen frutas de los árboles; quiénes aparecen metidos dentro de fanales y tubos de cristal; quiénes zabullidos en pequeños receptáculos ú originales edículos, ó bien presos en conchas bivalvas. Grandes aves multicolores, símbolos y caprichos grotescos, y accidentes mil que por lo insólitos no admiten descripción posible, completan semejante *maremágnum*, tan tormentoso y enmarañado.

En la tabla derecha se representan á lo vivo los suplicios eternos, relacionándolos en muchos casos con los vicios ó pasiones propios de los condenados que á ellos se hicieron acreedores. En lo alto vese un *lejos*, verdadero paisaje infernal, iluminado por vivísimo fuego, cuyos siniestros reflejos llegan á un lago; por sus aguas boga algún barco, y húndense en ellas los pecitos, mientras que otros, acompañados de espantables monstruos, caen ó se retuercen en sus inmediaciones.

Más abajo aparecen los tormentos particulares, y en esto mostró poseer el artista una inventiva fecunda é inagotable. Dos grandes

orejas atravesadas por saetas denuncian el castigo de los pecados del oído. Varios hombres son conducidos y atormentados por demonios. A uno le van á ahorcar, á otro le atraviesan con una gran espada, á un tercero, vendado de ojos, le decapitan, y á un cuarto le han abierto el vientre, del cual brota fuego. Otros condenados son pasto, ora de un cerdo, ora de un asqueroso reptil, ora de dos horribles perros; y perros devoran también á un caballero armado de todas armas. Junto á estos tormentos reales hay otros que alcanzan los límites de lo grotesco. Un réprobo se balancea atravesado en una llave, otro sirve de badajo á una campana y otro aparece rígido, ensartados sus miembros por las cuerdas de un arpa. Un monstruo ostenta una espada, y en ella un corazón traspasado; un individuo vomita y otro defeca monedas... ¿A qué continuar? Estas y otras muchas escenas expresan bien la intención del pintor de representar las penas que se acarrearán los pecadores; y por si algo faltara, los naipes, dados, libros, jarros de vino y cascos guerreros que se ven diseminados á diestro y siniestro, indican harto que éste es lugar propio de tahures, corruptores de almas, beodos y gente fiera y vengativa. Una cabeza de gran tamaño, pálida y melenuda, contempla los tormentos y penas con sereno rostro, como si quisiera simbolizar á la justicia satisfecha ante la expiación de los desafueros de los mortales. Una especie de horrendo pájaro que en la parte inferior de la tabla parece presidir y ser el principal personaje, representando quizá á Satanás, está sentado en un trono, ase de una pierna á un individuo y lo devora. Otros episodios, objetos y escenas no parecen referirse directamente á la idea principal del cuadro. Figuran tambores, flautas y varios instrumentos más; una mujer toca los hierrillos, y un hombre patina.

El estado de conservación de esta obra, sin duda la más importante del Bosco en la Exposición histórico-europea, es perfecto; y aunque carece de firma, su autenticidad no puede ser puesta en duda. Son en ella notables la gran finura de ejecución, la dureza y aun rigidez en los contornos, más propias de la época de Van der Weyden que del Bosco, y el modelado de los desnudos, heridos vivamente por la luz y casi desprovistos de claroscuro. Obra de imaginación, otras podrán igualarla, pero ninguna excederla.

Vicios y deleites mundanales. — Escenas del Génesis. — El infierno y sus suplicios. — Tríptico en tabla, procedente del monasterio de El Escorial. — Sala XVI, número 7.

Análogo al anterior en la idea y fin moralizador que en él palpita, difiere mucho, sin embargo, en la composición de las escenas y en la manera con que están tratadas. Más reflexivo aquí el autor, supo ser más verdadero é insinuante en lo que respecta á los vicios y debilidades que fustigaba, como se observa al contemplar el cuadro principal y aun el de la derecha.

En la tabla izquierda descúbrese tres pasajes genésicos. El Creador, con vestidura roja, barba blanca y tiara, forma á Eva sacándola de la costilla de Adán, el cual duerme tendido en tierra y bien ajeno á lo que está ocurriendo. No muy lejos aparece la infernal serpiente, enroscada en un árbol y con cabeza humana, ofreciendo el fruto prohibido á Eva, quien á su vez brinda con él á Adán. Finalmente, más abajo un ángel vestido con túnica blanca y rojo manto, de vulgar rostro y no muy noble presencia, blande una espada y arroja del paraíso á la inobediente pareja. Bajo el ángel vese la firma *Jheronimus Bosch*, escrita en minúsculas alemanas negras. Y en lo más alto del cuadro distínguese también al Padre Eterno con el globo en la mano, entre nubes, y en actitud benediciente, como presidiendo la caída de los ángeles rebeldes, que, expulsados por los fieles, descienden del cielo en forma de insectos y animalejos exóticos.

Curiosa en extremo es la composición de la tabla central. Simboliza el artista en una roca los deleites y vicios que constituyen para el hombre olvidado de Dios el objeto y fin únicos de la vida. Algunos individuos tratan de escalar la roca, en cuya cumbre un hombre y una mujer se besan, otra mujer canta, un músico toca el laúd y un feo bicho tañe otro instrumento. Por la izquierda llega con dirección á la roca una numerosa comitiva á caballo, en la que figuran un Papa, varios señores eclesiásticos y seculares y algunos monjes. Traen dos banderas blasonadas, y parecen discurrir los medios de ascender también á la codiciada cumbre. Episodios extravagantes y más ó menos intencionados menudean por el cuadro, contrapesando la acción principal. Hay gentes que departen tranquilamente, dos individuos se bañan, uno asesina á otro á puñaladas, una mujer

lava á un niño, alguien toca una gaita. Un sujeto de raro aspecto y tocado, dentista, sin duda, aparece ante una mesa en que hay vasos é ingredientes, y examina la abierta boca de una mujer sentada. Varias campesinas encierran heno en un saco. Un orondo fraile, arrellanado en su sillón junto á una mesa en que hay un jarro, parece saborear el vino de un vaso que tiene en la mano; á él se acerca una religiosa en devota actitud y pasando su rosario.

A la derecha de la roca vese un grupo de gente en tumultuosa actitud, y otro grupo compuesto de monstruos y endriagos que huyen, ostentando en el extremo de un palo una sangrienta cabeza vendada por los ojos. Sirve de fondo á tan extrañas escenas un extenso y azulado país con montes, castillos y casas, y en lo más alto domina el conjunto Jesucristo rodeado de nubes. A diferencia de lo que ocurre en la tabla central del tríptico antes descrito, todos los personajes están aquí vestidos, sin que por esta circunstancia pierdan ciertamente la verdad, el objetivo del pintor moralista y la decencia.

Vuélvese á los convencionalismos extraliterarios de rúbrica al representarse en la tabla de la derecha los suplicios del infierno, ó más bien la vía que encamina al lugar maldito. En lo alto, un inmenso fuego y un edificio con varias figuras simbolizan la morada de los réprobos. Más abajo tres iniestros operarios construyen una torre de ladrillos que marca los límites del infierno, y en la parte inferior diríjense hacia esta entrada los condenados en diversos trances y actitudes. Uno, á quien acompañan varios horribles monstruos, va montado en un buey y atravesado de parte á parte por una lanza, llevando en la mano un cáliz. A otro infeliz le arrastran atado á la cola de un buey por los cabellos. A otro le han abierto pecho y vientre; éste se ve mordido por un áspid, aquél devorado por un cuadrúpedo. Otros más, escoltados por demonios, recorren la fatal ruta que conduce al lugar en que acaba toda esperanza.

El tríptico, menor en sus dimensiones que su compañero antes descrito, es también menos importante y notablemente inferior á aquél. La escasa finura en la ejecución y la factura descuidada de muchas figuras vense, empero, compensadas por cierta armonía de pensamiento y buen orden en la composición, que le hacen desde este punto de vista recomendable.

Concierto grotesco.—Tabla presentada por su propietario, D. Pedro Bosch.—Sala XXIV, número 21.

En el *Catálogo general de la Exposición* figura con el título de *Fantasia*, sin que se den de la obra más aditamentos ni descripciones; razón por la cual entiendo no huelga un examen de su curioso contenido.

Delante de un edificio que parece ser pasto de las llamas, y en que se ve á una mujer con blanca toca asomada á una ventana, hay sentado un personaje de barba canosa, que tiene por todo vestido un paño blanco que le cubre los muslos y un largo manto rojo que le resguarda cabeza y espalda; muestra en la mano una moneda, y tiene delante una mesa, y en ella un jarro. Parecen festejar á tan singular personalidad cuatro músicos de la más grotesca traza y especie. Uno de ellos, cojo y lisiado, vestido de rojo y adornado con cascabeles á guisa de pendientes, toca una especie de original clarinete, sobre el que posa un mochuelo y del que pende un guñapo en que se ve pintado un cascabel. Otro músico, también cojo, está echado en tierra y toca un timbal. Un tercero hace sonar una gaita, y el último, cojo como los dos primeros, va vestido de verde, toca otro raro instrumento de viento y lleva espada y turbante, ambos provistos de media luna.

Junto al cuarto músico vese otro extraño sujeto en ademán de pedirle algo; tiene por manos pies, por montera un cántaro roto; á su lado hay una calavera de animal. En el ángulo derecho del cuadro y primer término, un individuo que ostenta blasón en el pecho y empuña una lanza, parece presentar al protagonista un libro del que pende un sello rojo. Por detrás de uno y otro acércanse sigilosamente varios trasgos y brujas con diversos atributos.

A la derecha de la acción principal vense en una habitación del interior del edificio cuatro ó cinco personas haciendo aspavientos y contorsiones, una de las cuales asómase á la ventana. Más á la derecha aún, ya en segundo término, hay un paisaje con montes y un puente, y en el extremo opuesto del cuadro vese otro país con varios accidentes, personas y animales, y un raro monumento rematado en una media luna.

Esta tabla no tiene firma, pero su factura y condiciones denuncian bien al pintor neerlandés. Cuanto á su asunto, podría representar un aquelarre, ó bien un concierto fantástico

dado á Satanás por sus servidores ; pero no pareciéndome muy determinado, prefiero considerarlo como simple *concierto grotesco*.

EL VIZCONDE DE PALAZUELOS.

(Se continuará.)

SECCIÓN OFICIAL

La Sociedad de Excursiones en Noviembre.

La Sociedad realizará una á los CARABANCHELES el sábado 11 de Noviembre, con arreglo á las condiciones siguientes :

Salida de Madrid (Puerta del Sol, punto de parada del tranvía), 10^h de la mañana.

Llegada á Carabanchel, 10^h, 45'.

Salida de Carabanchel, 5^h tarde.

Llegada á Madrid, 5^h, 45'.

Visita á los restos mudéjares de Santa María (hoy cementerio), al manicomio del Dr. Ezquerdo y á la posesión en que se encuentra el mosaico romano.

Cuota. — Cinco pesetas, en que se comprende el viaje de ida y vuelta en tranvía, almuerzo y gratificaciones.

Para las adhesiones á esta excursión, dirigirse de palabra ó por escrito, hasta el día 10 de Noviembre á las tres de la tarde, acompañando la cuota, al Sr. D. Enrique Serrano Fatigati, calle de las Pozas, 17, segundo derecha.

x x

La Sociedad realizará una excursión á EL ESCORIAL los días 25 y 26 de Noviembre con arreglo á las condiciones siguientes :

Salida de Madrid (Estación del Norte) el día 25, á las 8^h, 57' mañana.

Llegada á El Escorial, 10^h, 25' mañana.

Salida de El Escorial el día 26, á las 4^h, 20' tarde.

Llegada á Madrid, 5^h, 58' tarde.

Monumentos y centros que se visitarán. — Monasterio, con su espacioso templo y las estatuas orantes de reyes, sacristía con el célebre cuadro de Claudio Coello, coro, camarín llamado de Santa Teresa, claustros bajo y alto, Biblioteca, Real Colegio, panteones de Reyes é Infantes.—*Casita de abajo*—Escuela de Ingenieros de Montes.—Establecimientos de piscicultura, etc.

Cuota. — Veintidós pesetas, en que se comprende el viaje de ida y vuelta en segunda clase, asiento de coche desde la Estación al pueblo, almuerzo, comida y cuarto el día 25, desayuno y almuerzo el 26, y gratificaciones.

Para las adhesiones á esta excursión, dirigirse de palabra ó por escrito, hasta el día 24 á las tres de la tarde, acompañando la cuota, al señor D. Enrique Serrano Fatigati, calle de las Pozas, 17, segundo derecha. — Los señores Socios adheridos deberán estar en la estación quince minutos antes de la salida del tren.

Madrid, 31 de Octubre de 1893.—El secretario general, *Vizconde de Palazuelos*.—V.º B.º—El presidente, *Serrano Fatigati*.

x x

La Comisión ejecutiva tiene fundados motivos para esperar que la Compañía del Norte concederá rebaja de precios en los billetes de la excursión á El Escorial ; pero no se ha atrevido á contar desde luego con ella para fijar la cuota porque el señor director de la del Mediodía la negó en la realizada á Sigüenza y Santa María de Huesca á pesar de haber sido prometidas, ésta y otras, en la razonada comunicación dirigida por el Comité ejecutivo de los ferrocarriles españoles al Excmo. Sr. Ministro de Fomento, que llegó á nuestro poder con un atentísimo B. L. M. del señor director general de Obras públicas.

CUEVA DE SEGÓBRIGA



Tip. Arrial.

SEPULTURA PREHISTÓRICA